

salía por *Bib-Guadi-Aa*, y tomaba al escape el camino para él tan conocido de Hissn-al-Lauz!

Como aquel día, por él nunca olvidado, en que después de su regreso de *Chezirat-ul-Hadhrá*, había corrido ansioso á Piñar para buscar en las espléndidas *cobbas* de *Cassr-ul-mashur* los brazos de su amada, caía la tarde lenta y sombría sobre el campo despojado por el invierno de todas sus galas.

Negros nubarrones iban poco á poco apoderándose del cielo y borrando las huellas del día, triste como lo estaba el espíritu del Príncipe, mientras sobre las crestas caprichosas de los montes se hacinaba en confuso remolino aquella masa oscura y amenazante como la maldición del Excelso.

De vez en cuando rasgaba el negro velo rápida y velozmente el cárdeno relámpago, y retumbaba el trueno en los espacios, y el eco de los montes lo repetía y llevaba acrecentado aquel horrisono estruendo hasta los lejanos límites del horizonte.

Gruesas y espesas gotas de agua comenzaron á caer, y en breve las sombras de la noche se condensaron, llenándolo todo de pavorosa nebrura.

Y Mohámmad, sin cuidarse del desorden de los elementos, caminaba, caminaba oprimiendo los lomos de su cabalgadura, cuyos herrados cascos despedían chispas fugaces sobre los guijos del arrecife.

Mezclábanse y se confundían en su frente, bajo la capucha del albornoz que le cubría, las gotas de sudor y el agua que mojaba sus vestiduras; pero él no sentía nada, y persiguiendo en la alucinación de sus sentidos el fantasma vaporoso de su adorada Mariem, seguía cabalgando sin reposo, sin que le detuviese en su frenética carrera ni la voz de los elementos ni fuerza alguna.

Por fin llegó á la cañada, y atravesando el riachuelo que la surca, penetró en el desfiladero que coronaba por uno de sus extremos el castillo.

Buscó, más por instinto que por conocimiento del terreno, el camino que había él hecho labrar para subir al monte, y subió por él sin vacilar, como impulsado por fuerza superior irresistible.

Pocos momentos después se detenía delante de la puerta de *Cassr-ul-mashur*, y apeándose de un salto, trasponía el umbral de aquel palacio y se internaba por él rápidamente.

¿A dónde iba?

¿Qué buscaba en aquellos lugares y á tales horas?

Cruzó como una tromba el solitario zaguán abandonado, y, guiado por el sentimiento que le embargaba, después de recorrer algunas estancias, penetró en la *sala de la figura*, aquella *cobba* que había tantas veces presenciado sus locuras con Seti-Mariem.

Allí, sobre el pedestal, en el mismo sitio en que él la había colocado, se alzaba muda y silenciosa aquella imagen de piedra de su adorada.

Las tinieblas lo envolvían todo; pero á pesar de ellas y sobre ellas, Mohámmad veía sus brazos abiertos como para estrecharle, su boca sonriente y su seno desnudo é incitante.

Abrazándose á aquella imagen insensible, prodigábala las más tiernas caricias, como si con ellas quisiera darle animación y vida; y sus labios, en atropellado y confuso rumor, pronunciaban frases de cariño, que el eco vagoroso repetía por el ámbito solitario de la estancia.

Fuera, oíase el retumbar del trueno, el zumbido del huracán que introducía sus mil lenguas roncadas y atronadoras por la puerta del alcázar, y el estallido de la tormenta.

Parecía que fuerzas superiores, la mano de Alláh el Omnipotente conmovían las entrañas de la tierra, al mismo tiempo que agitaban los senos insondables del firmamento.

De pronto oyóse pavoroso estrépito; cual si el monte se hubiese desgajado entero sobre ellas, crugieron como aplastadas las bóvedas de la *cobba*, y una luz rápida y vivísima, esparciendo en torno, penetrante y trastornador, el olor del azufre, vino á herir la frente de la imagen de Mariem, á que se hallaba asido Mohámmad, y recorriendo aquellos puros contornos, tallados en el mármol frío, detúvose un momento en el cuerpo del Príncipe, que caía en tierra (1).

(1) Murió Mohámmad el 3 de la luna de Xagual de 713 (21 de Enero de 1314).

Desplomáronse luégo las techumbres, ardió cuanto de precioso había en *Cassr-ul-mashur* y volvió todo á quedar en profunda oscuridad y para siempre!

¡La mano de Alláh, guiando el rayo, había aniquilado á Mohám-mad y sepultado su cuerpo en medio de aquellas, las últimas ruinas de su amor profano é inextinguible!

—¡Alabado sea Alláh!

.....



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Los siglos han pasado y las generaciones se han sucedido las unas á las otras.

No queda en Al-Andálus nadie ya que reverencie las altísimas verdades del *Korán*, ni quien confiese que no hay divinidad sino en Alláh, el Único, que no tiene semejante á Él, y que Mahoma es el enviado de Alláh!

La sangre de los musulimes, sin embargo, antes y después de la rendición y entrega de Granada se ha mezclado con la sangre de los nassaríes; nuestros hijos, pues, aunque cegados en la falsa religión y apartados de la claridad de la palabra del Profeta (¡complázcase Alláh en él!) continúan disfrutando de los deleites con que brinda aquella tierra hermosa que enriquecieron á porfía, con los tesoros de sus artes y de sus industrias, los musulimes; y todavía, para gloria de los siervos del Misericordioso, se levantan en pie, produciendo el asombro y la admiración de los nassaríes, el fastuoso alcázar de los Al-Ahmares en la Alhambra (¡Alláh vele sobre él y le proteja!) y otros restos de su cultura, largo tiempo negada y desconocida.

Entre las maravillas que todavía se conservan en Granada de los días de la dominación musulmana, existe, no lejos de un pueblecito llamado Piñar, situado al E. de Hissn-al-Lauz ó Hiznalloz, como á cosa siete leguas de la antigua corte de los Al-Ahmares, una cueva verdaderamente admirable, formada por los restos de aquel alcázar subterráneo mandado labrar por el Amir Abú-Abdil-Láh Mohámmad III de Granada en las entrañas de la tierra. La obra de la Naturaleza, unida á la obra de los hombres, á través de los siglos ha hecho de aquellas informes ruinas un espectáculo prodigioso, ante el cual se

detiene la razón humana sorprendida, sin acertar á explicárselo. ¡Tal es la omnipotencia de Alláh y la pequeñez de sus criaturas!

La entrada actual de esta cueva se abre por el costado N. de un cerro por esta parte cortado perpendicularmente, que cuenta unos trescientos metros de altura, y sobre el cual se levanta aún un castillo desmantelado y ya medio en ruínas, cuyos muros principales se conservan, á pesar de la acción sorda y destructora de los tiempos. En la dirección de N. á S. adviértese en el cerro una profunda grieta sin rellenar, tapizada de multitud de cristalizaciones, extendiéndose la cueva en el sentido mismo que la grieta indica. Para subir cómodamente, hay una rampa empedrada, de unos cinco metros de elevación, resto del camino mandado hacer por el Sultán Mohámmad III; la entrada á la cueva conserva todavía la figura de un arco, con dimensiones proporcionadas, y el primer espacio donde estuvo el zaguán del *Cassr-ul-mashur*, puede contener, con desahogo, según los escritores, hasta mil seiscientos hombres.

El techo es bastante elevado, si bien en algunos puntos parecen desprenderse enormes masas petrificadas de estalactitas, que sobresalen con irregularidad; tienen la figura de dos arcos ojivales, y en el vértice ó unión de ambas cuerdas sigue la grieta hacia la parte superior del cerro con dimensiones bastante reducidas; el piso es harto desigual, hallándose á cada paso tropiezos y obstáculos que casi le hacen intransitable; en el extremo de este primer aposento se pierde la luz natural; el higrómetro da 90° y el termómetro centígrado 12°.

Siguiendo aquella dirección por un corto espacio, angosto y bajo de techo, se llega á un pequeño salón de dimensiones regulares, donde hay un número indefinido de productos elaborados según las leyes generales á la materia, viéndose con asombro varias cristalizaciones de figura piramidal, más ó menos bien caracterizadas, y fustes y capiteles labrados conforme el arte prescribe, columnas de orden arquitectónico perfectamente marcado ó grupos caprichosos é irregulares, cuyo conjunto forma un todo admirable. Aquellas son las ruinas de la *Cobba-l-bahú*, y el higrómetro marca allí 95°, mientras el termómetro baja á 11° de la escala centígrada.

Continuando en la misma dirección y con leve inclinación en el pavimento, llégase á otro espacio, en el que se ve una especie de lecho colosal, á que los nassaríes llaman mausoleo, de figura elegante, adornado de columnas, frisos y otros objetos curiosos. En la cúspide del cono truncado que se eleva majestuoso en el centro, y que otro tiempo fué surtidor de aguas olorosas, parece verse esculpido un casco adornado con plumas; y al pie un arrogante león que le defiende. Las paredes y el techo están revestidas de multitud de incrustaciones prismáticas, cónicas y piramidales, entre las cuales sobresale una á manera de llorón, donde la naturaleza hace alarde de las inmutables leyes á que ha sujetado la materia inorgánica.

Nuevo motivo de sorpresa ofrece una magnífica y agradable cascada, sobre la que pequeña porción de líquido infiltrado resbala pausadamente y con misterioso murmullo por la multitud de cristalizaciones prismáticas que la forman, para depositarse en una serie de tazas de dimensiones diferentes y lanzarse luego por un profundo barranco. Imposible parece, escriben los nassaríes desconociendo la historia de los amores de Mohámmad III y la bella Seti-Mariem, que en la variedad de objetos cuyas figuras son tan diferentes y caprichosas no haya intervenido el arte.

A la espalda se mira un arco ancho, airoso y de harta elevación, adornado de mil caprichosas cristalizaciones; en este sitio el higrómetro de 100° y el termómetro señala cerca de 9° en la escala centígrada.

A poca distancia del mismo lugar, siguiendo la dirección S., hállase el *abismo*, dicho así en razón de su grande profundidad; es un espacio circular formado por dos conos truncados unidos en la base, cuyo punto de intersección se halla en el plano donde está el observador; aquello es ya sólo lo que queda de la deliciosa *Cobbat-uz-Zochách*, donde tantas horas de alegría vieron trascurrir enamorados Seti-Mariem y el Príncipe Mohámmad. ¡Alláh haya tenido compasión de sus almas!

De aquí se retrocede en dirección NO. por una senda bastante angosta y peligrosísima, observándose en todo el tránsito grupos de cristalizaciones y columnas cada vez más caprichosas y variadas, ya

adornadas de frisos y relieves maravillosos, ya con pequeñas estalactitas de diferentes figuras y dimensiones. Vencido este obstáculo, tómate otra vez la dirección S. para contemplar otro aposento donde hay multitud de cilindros más ó menos perfectos, de diámetro variado y de distinta longitud, que cuelgan del techo como amenazando desplomarse, y que son las vigas de la techumbre con tanto arte fabricadas por los artífices allí empleados por el nieto de Al-Áhmar I.

Por otra pendiente se entra á admirar el último y grandioso asombro. Sin parar mientes en la infinidad de objetos que se notan suspendidos del techo, cuyos grupos desiguales dicen que semejan adornos góticos, se ve una *campana* cristalizada, incompleta por el costado que mira al S., la cual, al choque de una piedra, produce un sonido claro y misterioso que, dilatándose por aquellas sonuosas cavidades, imprime en el alma religioso recogimiento.

Revolviendo luégo al O., hay una roca cristalizada con labores y modillones varios, dibujos y relieves primorosos y diferentes adornos; y, por fin, en la dirección NNO. se ve ya la luz natural y se llega al último departamento, donde dos grupos cristalizados, unidos y semejantes á dos estatuas, forman la conclusión de la prodigiosa cueva.

Aquel lugar, que el rayo y el laborar constante de los siglos han cambiado, fué en otro tiempo la *Cobba de la figura*. ¡Allí, una de aquellas estatuas, hoy deforme, representaba la imagen hechicera de Seti-Mariem, y la otra, á ella unida en perenal abrazo, es el cuerpo del Sultán Mohámmad, á quien la justicia del Excelso castigó de tal modo por aquellos amores con la hija de los enemigos del Islam!

Los habitantes de Píñar que desconocen esta historia, y á quienes extraña semejante grupo, juzgando por el traje de una de las figuras, han dado en llamarles *el prior y la priora*, porque dicen que tienen el aspecto de dos fráiles (1).

(1) Tomamos casi al pie de la letra la descripción de la maravillosa *Cueva de Píñar* de un artículo publicado en el periódico *La Alhambra*, que vió la luz en Granada hacia el año 1843, y que firma el antiguo Catédrico y Rector, que ha sido, de aquella Universidad Literaria, Sr. D. Francisco de Paula Montellés y Nadal, quien visitó la expresada *Cueva* en Mayo de 1841.

Así, como aquel desventurado Príncipe que, olvidando las saludables enseñanzas de la palabra divina revelada á Mahoma (¡reverenciado sea!) por el ángel Gabriel, y posponiendo á sus apetitos la gloria del Islam, se entregó en brazos de Xaythán por el amor de una mujer infiel, así perecerán cuantos osen quebrantar las leyes divinas!

¡Alabado sea Alláh, Señor de los dos mundos! ¡La bendición de Alláh sea sobre nuestro Señor y dueño Mahoma y sobre los suyos! Amén.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

NOTA

Por inadvertencia se halla dos veces repetida la correspondencia de *Bib-Elbeira* ó *Bib-Elbira* en el trascurso de esta leyenda. La perspicacia de los lectores bastará para observar este error disculpable, así como para salvar las erratas que hayan podido deslizarse.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA